

Filosofícula

dén. Aun ahogan la emoción las palabras de saludo. No. No podía ser una palabra trivial cualquiera de acogida. Fué un grito, seco, firme, decidido; un grito a despecho de todo. «¡Pero, es que no vamos a poder gritar: Viva D. Miguel de Unamuno!» Y ese grito, repetido por todos nosotros, vibró, metálico, en la nave de la estación. La Policía contuvo un ademán de impaciencia.

Al pisar la acera, un policía se acerca a D. Miguel, uno nuevo, no uno de los dos inferiores que le daban escolta desde Salamanca, y le dice con policíaca amabilidad:

—D. Miguel, soy el comisario de Policía. Tengo el gusto de saludarlo y ponerle, para llevarle «a donde usted quiera», un automóvil a su disposición.

D. Miguel de Unamuno le contempla con cierta sorpresa, se encoge de hombros y contesta:

—¡Bueno!

El comisario llama a voces: «¡El automóvil para D. Miguel de Unamuno!» Sus gritos no tienen eficacia. Pero una castiza interjección del representante de la autoridad consigue, por fin, que el vehículo se aproxime a nuestro grupo.

Suben al coche D. Miguel y sus inesperados acompañantes. Uno de los nuestros logra hacerse sitio. Y el automóvil desfila, camino del hotel, por entre las fuerzas de Policía, a pie y a caballo, que cubren la carrera hasta la Plaza de Oriente.

Nosotros le vemos desaparecer, y le despedimos con un viva, clamor ardiente.

—¡A disolverse en el acto, que «si no habrá leña»!

No. Nadie pensaba en oponerse a la fuerza aquélla. Una enorme tristeza apagó nuestra indignación.

Luego supimos en el hotel que la policía tenía secuestrado a Unamuno. Que no le dejaba salir ni recibir visitas. Que a la mañana siguiente, custodiado, en automóvil, lo embarcaron para el destierro. Sólo unos amigos, que supusieron la traza, lograron despedirle en la estación,

Y así nos han quitado a D. Miguel de Unamuno. Ya no oiremos su voz ni leeremos sus palabras. La censura no tolera que se hable de su persona ni de su excursión a través de España custodiado por la Policía. Lo último que de él sabemos nos lo dicen los escuetos telegramas de la prensa: «Don Miguel de Unamuno ha salido de Sevilla para Cádiz». «Ha embarcado en Cádiz para Canarias»,

Y nada más.

MANUEL PEDROSO

(La Nación, Buenos Aires).

La túnica de Neso

Es evidente—dijo el mitógrafo a sus interlocutores, el filósofo y el poeta— es evidente que Deyanira no estuvo enamorada de Hércules. El semidiós, nada joven ya, la hubo de su padre, el rey Eneo de Calidonia, mediante el don del cuerno de la abundancia. ¿Cómo pudo entonces, Deyanira enfurecerse hasta causarle la muerte por medio de la famosa túnica, cuando supo sus nuevos amores con Yole?

—Por vanidad herida—opinó el filósofo. Si hubiese estado realmente enamorada de él—sentenció el poeta— ella misma se habría dado la muerte.

Orfeo y Euridice

HALLO una contradicción—dijo el filósofo—entre la inexorable ley, con forme a la cual ningún mortal volvía del Hades, y el retorno de Euridice, concedido por el dios infernal a Orfeo, cuando éste lo apiadó con la lira.

—Más aún—confirmó el filósofo— si se considera que la ley del Hades no incumbía al dios, sino al destino, cuyo carácter impersonal excluye la compasión.

—El dios fué a la vez piadoso y sutil—enseñó el poeta—y eso se ve en la condición que puso a Orfeo: no volverse para mirar a Euridice, hasta no haber abandonado el Infierno. Pues hallándose realmente enamorado de ella Orfeo, el dios sabía con seguridad que no resistiría al ansia de verla.

La desventura idealista

CUANDO Remy de Gourmont dió su primer paseo por el infierno, en compañía de Abelardo, llamóle la atención una mujer hermosa, seguida por un hombre triste. Tan hermosa y ensimismada, que parecía lejana cual la luna poniente.

—Esa—dijo Abelardo— fué una a quien amó en la tierra cierto poeta famoso, sin ser correspondido. No era linda ni fea, inteligente ni tonta, pero no supo comprender la belleza del alma enamorada. Entonces él, por medio de la poesía que le dedicó, puso en ella toda la belleza de su alma. Y así, además de aquel tesoro inútil, le dió en los tiempos la gloria. Él se quedó solamente con el dolor, y cuando no pudo más, se mató por ella.

Ahora, en el Infierno a que los echaron el suicidio y la vanidad, ella, embellecida por la hermosura que él le creó, lo desdeña más, viéndose tan hermosa, y tomando la gloria que la

rodea por el esplendor de su propia hermosura.

La creación de los ángeles

Dos siglos después del Dante, un joven platónico que había muerto en plena adoración de la *Vita Nuova*, hallóse con Guido Cavalcanti a la salida del Purgatorio, donde éste acababa de expiar su noble, si bien profano amor por Mandetta la tolosana.

—Señor—le dijo—puesto que para vuestra eterna gloria, merecisteis ser llamado por el Supremo, Doctor en la Ciencia de Amar, el primero de sus amigos, satisfaced, os lo imploro, la única insaciable curiosidad de mi existencia: decidme cómo era Beatriz.

—¿Beatriz, como ser corporal? ¿La Bice Portinari? una linda criatura, por cierto; pero no mejor, a fe mía, que otras doncellas de Florencia.

—Figurábamelo así, y esta es la angustia de mi alma. ¿Cómo pudo, entonces, el poeta, ganar el cielo con la mentira de cantarla perfecta?

—¿Mentira? Lo único falso que había en ella, al ser, por imperfecto, lo precedero, era aquello que le faltaba para alcanzar la perfección. La verdad es el ángel que Dante inmortalizó en ella.

LEOPOLDO LUGONES

(Caras y Caretas, Buenos Aires)

La palabra

Aleje la amargura de mi vida para verla un instante con serenidad, y la encuentro dolida como un recio clamor de soledad.

Ni la paz del ensueño más distante ni jocunda canción. Apenas un acento de esperanza pequeña, casi límpida, tan mansa que pudiera llenar un corazón.

Cansado el pensamiento se doblega y esconde su dolor como el iris inmóvil de una ciega un anhelo infinito de color. Y parece mirarse mi conciencia en la ola de mar, cuyo canto de larga persistencia quisiera en las orillas descansar.

El mar es agua pobre. ¡Una raya de espuma puede ser el duro cerco de su sed de playa en ingenuos desmayos de mujer!

No obstante, prosiguiendo la jornada [emprendida, una vez me enamoré de la vida, por cualquiera razón, y le dije en el fleco de una ola una palabra sola, casi lágrima, ensueño y oración.

(Envío del autor).

JOSÉ GOROSTIZA

México, D. F.